

ODAS ÍSTMICAS



ODA PRIMERA

A HERÓDOTO DE TÉBAS,

VENCEDOR CON EL CARRO.

¡MADRE dulce y amante,
Divina Tébas, que los ojos hieres
Con tu escudo brillante!
Pues así lo requieres,
Para cantarte dejo mis quehaceres.

¡Isla de Apolo, Délos,
Que mi alma toda tienes embargada,
No me mires con celos!
¿Qué cosa más sagrada
Que nuestros padres, y la patria amada?

Con la gracia divina,
Llenaré de una y otra los deseos,
Entre gente marina
Cantando á Febo en Céos,
Y en Corinto los Ístmicos trofeos;

Que el monte cuyas faldas
Baña uno y otro mar, con justa mano
Ha dado seis guirnaldas
A mi pueblo Tebano,
De quien fué el grande Cadmo soberano.

Donde tambien Alcmena
Al infante alumbró, de alma cual hierro
Intrépida y serena,
Que á despecho del perro
Quitó á Gerión hasta el postrer becerro.

Mi musa, á la cuadriga
De Heródoto, coronas entreteja;
Que sin pagado auriga,
Una y otra pareja
De caballos, destrísimo maneja.

Cantarle un himno quiero,
Cual los que de Yoláo en alabanza,
Ó de Cástor guerrero,
Era la antigua usanza
Al compás entonar de alegre danza.

¡Semidioses augustos!
Nunca vieron Tebanos ni Lacones
Atletas más robustos,
Ni más diestros varones
En manejar cuadrigas y bridones.

Para ellos, de la arena
Sin coronas volver, fuera desdoro.
Su casa estaba llena
De bellas copas de oro,
Y en trípodas guardaban un tesoro.

¡Cómo resplandecía
Su agilidad, cuando correr desnudos
El gimnasio los vía,
Y cuando sus nervudos
Brazos, cargaban sólidos escudos!

¡Con qué vigor su diestra
 Disco de mármol, y acerada lanza
 Vibraba en la palestra!
 Reducir no era usanza
 Á una, las cinco lides de ordenanza.

Premiaba cada juego
 Una corona. ¡Y cuántas en su frente
 Vió la tierra, á que riego
 Da la Dircéa fuente,
 Ó del Eurotas la veloz corriente!

¡Adios, conciudadano
 De la sembrada grey, de Íficles hijo!
 ¡Adios, de Helena hermano,
 Siempre en Therapne fijo!
 Fin debo dar á mi cantar prolijo.

Al Istmo sacrosanto,
 A Onquesto, y á Neptuno á quien adoro,
 Ha de volar mi canto;
 Y al héroe, que decoro
 Añade á su buen padre Asopodoro.

Tambien la gloria aumenta
 De Orcómeno, su patria; que algun día,
 Cuando en feroz tormenta
 El piélagó rugía,
 Náufrago entre sus brazos lo acogía.

Hoy le devuelve el Hado
 La dicha que gozó desde la cuna.
 El varón que ha probado
 Buena y mala fortuna,
 La previsión á la experiencia aduna.

Á fuerza de combates
 Y de gastos, se llega á altos honores.
 Sin envidia los vates
 Celebrar los loores
 Deben, de generosos vencedores.

Que á inspirado poeta
 Premiar es cosa fácil cosa lá fatiga
 De afortunado atleta,
 Con expresion amiga
 Que á él y á los suyos ilustrar consiga.

No con premios iguales
 El desigual trabajo se contenta.
 Labradores, zagales,
 Aquel á quien sustenta
 La caza, ó bien el piélago alimenta,

Se juzgan satisfechos
 El hambre con saciar que los acosa.
 No así los que sus pechos
 En guerra peligrosa
 Exponen, ó en palestra resbalosa.

El colmo de la gloria
 Es para estos magnánimos varones,
 Una oda laudatoria,
 Que en extrañas regiones
 Proclame, y en la patria, sus acciones.

Gracias mi musa debe
 Rendir á la Deidad que cerca mora,
 Cuyo Tridente mueve
 La tierra, y fué inventora
 Del circo, y la cuadriga voladora.

Á tus hijos desea
 Ensalzar ¡oh Anfitrión! y el golfo Mínio;
 Las carreras de Eubea,
 Y el célebre Eleusínio
 Bosque, de Céres ínclito dominio.

Tambien quiere su acento
 ¡Protesiláo! fúnebre tributo
 Rendir al monumento,
 En que de Grecia el luto
 Guarda en Filace el arenal enjuto.

Numerar los laureles
 Que Hérmes, (que á los certámenes preside)
 Donó por sus corceles
 Á Heródoto, me impide
 Este cantar, que pocos versos mide.

Agrada con frecuencia
 Más que lisonja, y da mayor consuelo
 Prudente reticencia.
 ¡Que eleve, quiera el cielo,
 En alas de las Musas su alto vuelo!

En Pitona recoja
 Mil ramos de laurel; mil de la oliva
 Que el claro Alfeo moja;
 Y más honor reciba
 Cuando éntre vencedor, Tébas altiva.

El que avaro sepulta
 Su inútil oro, y con sarcasmo rudo
 Al generoso insulta,
 Sepa que al Orco mudo,
 Sin gloria bajará, pobre y desnudo.



ODA SEGUNDA

A XENÓCRATES DE AGRIGENTO,

VENCEDOR CON EL CARRO.

EN el tiempo pasado
 ¡Oh Trasibúlo amado!
 Los vates que en el carro (relumbrante
 Con sus doradas bridas)
 De las musas queridas,
 Marchaban con la cítara delante,
 Generosos poetas,
 De su canto lanzaban las saetas,
 Á jóvenes gallardos, que Citéres
 Ya invitaba á sus cándidos placeres.

Entónces codiciosa
 No era la Musa hermosa
 Ni por rüin salario se alquilaba;
 Ni melosos encantos
 De plateados cantos
 Terpsícure á vender se sujetaba.
 Mas hoy, el dicho altivo
 Que, abandonado y pobre, el sábio Argivo
 Triste lanzó, resulta harto verace:
Mortal, el oro, el oro todo lo hace.

Lo que yo canto, nuevo
 No es para tí, mancebo,
 Que eres sábio y prudente cual ninguno.
 Celebro los laureles
 Que dió por sus corceles,
 En el Istmo, á Xenócrates, Neptuno.
 La corona de Dória
 En premio de su espléndida victoria
 Al vencedor envió; luz de Agrigento,
 En potros y cuadrigas opulento.

Febo lo ve clemente,
 Y en Crisa, omnipotente,
 De auréola sublime lo rodea:
 En Aténas la rica
 Sus triunfos multiplica

La gente cortesísima Erectéa;
 Do espléndida alabanza
 Á Nisómaco trajo su pujanza.
 Nunca tu padre á más valiente auriga
 Las riendas entregó de su cuadriga.

Los heraldos de Eléa
 Que anuncian la pelea
 Y á Júpiter ofrecen libaciones,
 Conocen al instante
 Al príncipe triunfante
 Que los colmó de hospitalarios dones;
 Y dánle dulce abrazo
 Hoy que de la Victoria en el regazo
 Cae, en su propia patria y su morada,
 Selva de Jove Olímpico llamada.

Debieron á aquel suelo,
 Los hijos de tu abuelo
 Enesidamo, honores inmortales;
 Que no es la vez primera
 Que á tu familia entera
 Regocijan los cánticos triunfales.
 No hay camino escabroso
 Para el mortal, que del varón famoso
 Llegar hasta el alcázar ambiciona,
 Seguido de las Nueve de Helicon.

¡Oh Trasibúlo, cuánto,
 Cuán léjos, de mi canto
 El disco raudo que lanzar habría,
 Para llegar al punto
 Que á tu padre difunto
 Sobre los hombres diera su hidalguía.
 Ameno, culto, afable,
 Entre los suyos era venerable.
 Bellos potros nutría; y de los Griegos
 Nunca faltaba á los divinos juegos.

Jamás brisa contraria
 Su vela hospitalaria
 Plegó, que iba de Fásis hasta el Nilo,
 En verano, en invierno. . . .
 Tú, el mérito paterno
 No dejes de ensalzar. Puedes tranquilo
 En medio de envidiosos
 Mis himnos repetir, que ponderosos
 Cual estatuas no son. Y de ello en prueba,
 Éste á mi huésped, ¡Nicasipo! lleva.



ODA TERCERA

A MELISO DE TÉBAS,

VENCEDOR CON LA CUADRIGA.

EL hombre que no fia
 En próspera fortuna ni riquezas;
 Que nunca se gloria
 De su poder ni atléticas proezas,
 Merece que con manos
 Frenéticas, le aplaudan sus hermanos.

¡Oh Jove poderoso!
 De tí sus prendas el mortal recibe;
 El varón religioso
 Largos años, en paz, contento vive:
 Quien de impiedad alarde
 Se atreve á hacer, felicidad no aguarde.

Con fiestas y canciones
 (De las Gracias favor) premiar es justo
 Las ínclitas acciones,
 Enaltecendo al vencedor augusto.
 ¡Meliso! Honor y gloria
 Á tí, que alcanzas hoy doble victoria.

Sin rival el gentío
 En el Ístmico valle hora te aclama;
 De jinete el umbrío
 Bosque del gran León te ha dado fama:
 ¡Gózate, sí! que elevas
 Al cielo el nombre de tu patria Tébas.

De tus progenitores
 No hay miedo, no, que tu valor desdiga:
 El carro mil honores
 Á Cleónimo dió; y en la cuadriga
 (De tu madre parientes)
 Los Labdaquídas fueron excelentes.

¡Ay! Nada su opulencia
 Sirvió para evitar la del mudable
 Tiempo, dura sentencia;
 Que es sólo contra el Hado invulnerable
 Quien tuvo la fortuna
 Que un dios meciera su celeste cuna.



ODA CUARTA

AL MISMO MELISO.

CON el favor divino,
 Para cantar tus hechos hallo abierto
 Múltiplice camino.
 ¡Meliso afortunado! Rumbo cierto
 Á mi cítara diste,
 Cuando el Ístmico lauro te ceñiste.

Hasta el fin de la vida,
 La celestial virtud que tu alma alienta,
 Todo Cleonimída
 Por gracia de los Númenes fomenta.
 Mas ¡ay! imprime el viento
 A los hombres contrario movimiento.

Era de tus mayores
 En Tébas preclarísima la gloria;
 En los alrededores
 De hospitalarios dejan la memoria;
 Y la calumnia impía
 Jamás con sus saetas los hería.

Su alto renombre excede
 Cuanto la edad presente ó la pasada
 Mostrar el mundo puede,
 Y doquier su pujanza es celebrada.
 Más gloria en vano pides:
 Á las Columnas llega ya de Alcides.

Espléndidos corceles
 Fué su gusto nutrir. Darles solía
 Mavorte mil laureles;
 Mas bélico huracán en solo un día
 Á aquel hogar dichoso
 Cuatro varones arrancó furioso.

Los tenebrosos meses
 Pasaron ya del aterido invierno;
 Y tras tantos reveses,
 De las Deidades el consejo eterno
 Manda cubrir de rosas,
 Con la tierra, sus sienas victoriosas.

El Dios cuyo Tridente
 Mueve la tierra; que en Onquesto mora,
 Y en el marino puente
 Que su muralla ve, Corinto adora,
 De Cleónimo llama
 Á celebrar al vástago, á la Fama.

Á la Fama, que yerta
 Sobre su lecho há tiempo desfallece;
 Mas ved que se despierta,
 Y con nuevo fulgor hoy resplandece,
 Como en el cielo brilla
 Véspero, entre los astros maravilla.

En la Ática llanura
 Cantó sus glorias: ella en los combates
 De Adrasto, su bravura
 Hizo encomiar á los antiguos vates.
 De los héroes bizarros
 Doquier brillaban los volantes carros.

Competir con los Griegos
 De todas las comarcas, fué su gloria;
 Vieron todos los juegos
 Su lujo, y su anhelar por la victoria.
 Jamás el orbe escucha
 El nombre sin honor del que no lucha.

¡Y cuánta incertidumbre
Tiene hasta el lidiador, ántes que ascienda
Del honor á la cumbre!
Da palmas y reveses la contienda,
Y al más robusto abate
Del más débil la maña, en el combate.

¿Qué Griego el fin ignora
De Áyax, guerrero cual ninguno fuerte,
Que en noche aterradora
Con su propio puñal se dió la muerte?
¡Suicidio que á la Helena
Gente que á Troya fué, de oprobio llena!

Mas Homero de gloria
Cubrió su nombre; y á la edad futura
Legó la bella historia
Del semidios, que espléndido figura
En su inmortal poema,
De cantares sin fin eterno tema.

La diva Poesía
Da la inmortalidad á cuanto canta:
Hace que la bravía
Mar atraviese; al éter lo levanta,
Y con luz siempre nueva
Del mundo por el ámbito lo lleva.

Las Camenas su amparo
Me dén, hoy que la antorcha luminosa
Á encender me preparo,
De mis himnos: auréola preciosa
De Meliso en la frente,
De Telesiades vástago fulgente.

Cuando en la lid se ensaña,
De rugiente leon su ardor semeja;
Cuando prudencia y maña
Quiere mostrar, parece la vulpeja,
Que supina se tiende,
Y del águila astuta se defiende.

Para salir triunfante
De todo ha menester; porque Natura
No le dió del gigante
Orión la terrífica estatura.
La majestad le falta,
Mas ¡cuán terrible si al contrario asalta!

A Líbia así (que llena
De trigo el mundo) á desafiar á Anteo
Vino el hijo de Alcmena
De la ciudad de Cadmo. Aunque pigmeo
Su cuerpo parecía
Junto al gigante, su valor crecía.

Y castigó su clava
 Al mónstruo vil, que el templo de Neptuno
 Con cabezas techaba,
 Y vivo no dejó huésped alguno.
 De su trabajo el premio
 Hoy tiene, de los dioses en el gremio.

Recorrió todo el mundo:
 Penetrando en su seno, abrió á las naves
 El piélago profundo;
 Y hora disfruta las caricias suaves
 De Jove sempiterno,
 De Hébe esposo feliz, de Juno yerno.

Nosotros entretanto
 Cada año ornamos con coronas nuevas,
 El altar sacrosanto
 Que en la puerta de Electra le alzó Tébas;
 Y fúnebre convite
 De Alcides en honor, se nos permite.

El día en que á Aqueronte
 Mandó los ocho infantes, que le diera
 Megara, de Creonte
 Hija infeliz, solemne se venera;
 Y á la aurora, aún arde
 La flama que brilló desde la tarde.

Toda la noche sube
 El humo de las víctimas al cielo,
 En olorosa nube;
 Y cuando el nuevo sol alumbra el suelo,
 El certámen se inicia,
 Del luchador robusto honra y delicia.

En él, triple corona
 De mirto, ornó tus sienes: la primera
 ¡Meliso! galardona
 La que niño ganaste, árdua carrera,
 Merced á sábio auriga.
 Os saluda á los dos mi musa amiga.





ODA QUINTA

A FILÁCIDES DE EGINA,

VENCEDOR EN EL PANCRACIO.

¡MADRE ilustre del Sol, de quien el oro
Es rico emblema! Por honrarte ¡oh Thea!
Lo estima el hombre más que otro tesoro,
Y oro y más oro conquistar desea.

Por tí cruzan el ponto los bajeles,
Y por tí en las durísimas campañas,
Al carro se atan rápidos corceles
Y se admiran espléndidas hazañas.

A tí en los juegos de la gloria el sello
 Debe el atleta, que por fuerte mano,
 Ó por rápida planta, su cabello
 Ceñido muestra de laurel lozano.

Tan sólo á la divina Providencia
 Debe el triunfo el valor. Dos bendiciones
 No más, la vida endulzan: la opulencia,
 Y el oír elogiar nuestras acciones.

Te bastan ¡oh mortal! goces mortales;
 El Olimpo á escalar en vano aspiras;
 Deseos contra el Hado son fatales:
 Si ambicionas ser Júpiter, deliras.

Dos lauros ¡oh Filácides! ya tienes
 Del Ístmico *pancracio*: las Nemeas
 Luchas, otro te dieron, que las sienes
 Ornó tambien del ínclito Pitéas.

Himnos tejer mi corazón no sabe
 Si de Éaco la prole no menciona.
 Hoy, que á los hijos de Lampón alabe
 Quieren las Gracias, y á su patria Enona.

Y si para rendir justos honores
 Hallo una senda abierta y expedita,
 ¿Por qué de antiguos héroes los loores
 Quiere la Envidia que mi musa omita?

Celebrar á magnánimos guerreros
 Con cítara y con flauta, es vieja usanza.
 Merced á Jove, vates lisonjeros
 Cantarán hoy y siempre en su alabanza.

Etólia así con víctimas venera
 Á los hijos intrépidos de Enéo;
 Tébas al gran Yoláo, en la carrera
 Nunca vencido, y Árgos á Perséo.

De Cástor y de Pólux la divina
 Bravura, admira el cristalino Eurotas,
 Y de Éaco y sus hijos canta Egina
 El alma grande en armoniosas notas.

Dos veces por su brazo las murallas
 De Ilión sagrada fueron demolidas:
 Una, Hércules los guía á las batallas;
 Siguieron, la segunda, á los Atridas.

Elévame del suelo en tu sublime
Cuadriga ¡oh Musa! y quién á Héctor valiente,
Quién á Cicno mató y á Memnón, díme,
Fiero caudillo de la Etiópe gente.

¿Quién del Caíco atravesó en la orilla
A Telefo indomable con su acero?
¿Quién, sino aquellos por quien la isla brilla
De Egina, admiración del orbe entero?

Allí desde el principio alta se eleva
Excelsa torre, que las nubes hiende;
Y fuerte escala de virtudes lleva
Quien subir á su cúspide pretende.

De alabanza sin fin dardos certeros
Puede mi lengua disparar á Egina.
Te acaban de salvar sus marineros
¡De Áyax Ciudad, insigne Salamina!

Tragó la mar cadáveres sin cuenta;
Que el contrario poder Jove deshizo,
Fiero mandando bélica tormenta,
Como á la tierra asolador granizo.

A su gloria dará mejores mieses
De oportuno callar riego fecundo:
Que manda Jove triunfos y reveses;
Jove, Señor de cuanto encierra el mundo.

Mas, ¿cuándo á la victoria satisface
Triste silencio? El héroe que pelea,
En cánticos triunfales se complace,
De más dulce sabor que miel Hiblea.

Venga ahora á luchar, quien las hazañas
Sepa de la familia de Cleoníco.
Su brillo ¡oh tiempo destructor! no empañas:
En esperanzas y oro el nieto es rico.

Viva también Pitéas, que á su hermano
Guió de la gloria en la difícil senda;
A correr lo adestró; formó su mano
Y á su ardor juvenil impuso rienda.

Llévale tu corona, y tu velluda
Cinta de lana; adórnenlo tus galas,
Y á tu hermano ¡oh Filácides! saluda,
Con éste canto de ligeras alas.